Ofreciéndose él mismo á su aguijon, que se ha quedado clavado en la herida que recibió en su humanidad, yendo á quebrarse contra su Divinidad. Despues de este duelo con que la amenazaba de lejos por su Profeta: «¡Oh muerte, yo he de ser la muerte tuya: seré la destruccion del infierno (1)!» podemos mofarnos de ella y decirle con San Pablo: «¡Oh muerte! ¿dónde está tu victoria? ¡Oh muerte! ¿donde está tu aguijon (2)?»

En un antiguo monumento de la tradicion hebráica, leemos estas bellas palabras: «La muerte es un beso de Dios.» Esto es lo que ha llegado á ser para todos cuantos la reciben en union con la de Jesucristo, que, quitando el pecado que los separaba, ha reconciliado el cielo con la tierra, y pacificado el universo con su Autor: «Hanse encontrado por sí juntas la Justicia y la Paz, y se han abrazado en el seno de la Misericordia (3).»

La muerte de Jesucristo es el beso de Dios.

(1) Oseas, XIII, 14.
(2) I *á los Corintios*, XV, 55.
(3) Ps. LXXXIV, 11.

IX.

EL CRISTO, DIOS CON NOSOTROS EN LA EUCARISTIA.

Esta nueva vida reclamaba un nuevo alimento. Y como se vive de lo que alimenta, para *vivir para Dios*, era preciso alimentarse de Dios. La forma de este alimento debia participar de la forma con que se nos habia dado la vida sobrenatural á que debia alimentar; en su consecuencia, debia ser visible y sensible como el sacrificio del cuerpo y de la sangre de Jesucristo que nos habia dado á luz á aquella en la cruz; debia ser este mismo sacrificio, este cuerpo y esta sangre mismas transformadas y apropiadas á este divino alimento. Véase el fenómeno de la maternidad; apenas nace el niño á la vida, al desgarrarse el seno que lo ha llevado, cuando el mismo seno y la misma sangre que fueron la sustancia interior de su formacion, constituyen en lo esterior el pecho en que se fija y la leche que fluye, para alimentar de otra suerte la vida que recibió. Los mismos elementos de donde ha sido sacado su ser, se transforman para convertirse en los de su lactacion. Hé aquí la Eucaristia, misterio de gracia, así como la maternidad es un misterio de naturaleza. Es una lactacion divina. «Como »niños recien nacidos, sed avidos de leche, para que, por »este celestial alimento, crezcais en la vida de la gracia (1).»

Nuestro orgullo, mas que una razon muy ilustrada, repugna esta creencia. Es suficiente creer que Dios se haya

(1) Introito de la misa del primer domingo despues de Pascuas.

hecho carne, se dice, que esta carne de Dios haya sido inmolado en la cruz; ¡pero comerlo! ¡comer este cuerpo, beber la misma sangre de Jesucristo! ¡«es demasiado!» como respondian los recalcitrantes á la declaracion que les hacia de este misterio el Salvador (1). Esto es verdaderamente tomarnos por niños de pecho. Evidentemente en esto no hay mas que una figura. Así dice la heregía, yendo á juntarse con la impiedad en el vacio sin figura y sin fondo de toda fé. Tan cierto es que todo se apoya en Jesucristo y que, quien no le sigue hasta la Cena, renuncia á él en breve en la Cruz y le repudia en el Pesebre. Y á la verdad esto es lógico; porque de estos tres misterios seria difícil decir cual es el mas incomprensible. Para creer bien es necesario creer en todo, quiero decir, creerlo todo.

Es preciso creerlo todo, pero no sin razon. El Cristianismo, obra de la eterna Sabiduría, satisface, al contrario, de tal manera á la razon, superándola, que dada su doctrina, esta razon encuéntrase en ella, se dilata, y la defiende como su propio dominio, en el de la fé.

Hagamos una vez mas el ensayo en este hermoso misterio.

Cada ser viviente tiene su vida propia á que corresponden sus órganos ó facultades. El hombre se distingue por dos facultades principales, que le hacen aspirar incesantemente á lo invisible y á lo ideal; á lo verdadero, al bien, á lo bello hácia el cual se vuelve y propende, como la planta hácia el sol, como el animal hácia su pasto. Estas dos facultades son las facultades de conocer y de amar; facultades insaciables en nosotros, que son impotentes para satisfacer todas las cosas finitas y que revelan por sí mismas lo infinito como su verdadero objeto, lo infinito en verdad, lo infinito en perfeccion, la Verdad y la Perfeccion mismas; Dios; Dios de tal modo, que aun cuando

(1) S. Juan, VI, 6.

por la perversion de estas facultades, las volvemos con gran decepcion nuestra, hácia las criaturas, solo es porque estas nos hacen la ilusion de lo divino.

Y en esto nos parecemos á las naturalezas angélicas, si bien tenemos un cuerpo; en esto nos parecemos al mismo Dios, si bien Dios tiene la vida en sí mismo y nosotros la tenemos en Dios.

Esta vida la habíamos perdido por el pecado, que consistió en pretender que solo la debíamos á nosotros mismos, haciéndonos *como Dios*, por un abuso de su semejanza y de nuestra vocacion á poseerlo.

La misma Vida aunque en Dios es Dios mismo, ha venido á nosotros. Hásenos aparecido y se ha dado al mundo en Jesucristo. Háse adaptado á nuestra flaqueza haciéndose hombre. En este estado, se ha hecho víctima para rescatarnos de su pérdida.

Desde entonces, nos ha sido preciso *renacer*; como decia Jesucristo á aquel personage que, impresionado con las señales de su divinidad, pero temiendo aun comprometerse, solicitó de el una entrevista durante la noche. ¡*Renacer*! todo el Cristianismo puede reducirse á esta sola palabra que ha sido la palabra oscura ó pervertida de toda filosofía y de toda religion. Lo cual hizo que dijera Jesucristo, respondiendo á la admiracion de su interlocutor, que entendia esta palabra de un renacimiento carnal. «¡Qué! eres maestro en Israel é ignoras estas cosas!» Nosotros no vivimos naturalmente sino con una vida envenenada de muerte por el vicio de la fuente de donde la tomamos; de muerte espiritual, mas funesta que la muerte corporal, en cuanto que dura siempre el sujeto, y que es *una muerte inmortal*, eterna. Es preciso, pues, renacer á la vida verdadera y eterna tambien. ¿Pero cómo, puesto que ha perecido en nosotros el principio de esta vida? Por ello, decia en esta divina conversacion Aquel que es esta misma Vida:

«Dios amó al mundo hasta darle á su Hijo, á fin de que quien cree en él no perezca, sino que tenga *la Vida eterna* (1).

Es pues un verdadero nacimiento á la vida de Dios el que reporta el cristiano de Jesucristo, de su Cuerpo y de su Sangre, en el gran Sacrificio por el que nos la ha dado. Y entonces vuelve á tener lugar mas estrechamente aquí la asimilacion que hacíamos de esta vida á la del niño, antes de ser alimentada, como esta con la sustancia misma que lo ha producido.

Y esto es tanto mas necesario, cuanto que todo conspira en este mundo á hacérnoslo perder, y que esta perdicion sobrado natural de la vida de Dios quiere ser combatida por una renovacion contínua de esta vida en nosotros hasta que hayamos llegado á la edad eterna.

Para este efecto han sido instituidos los Sacramentos que son como los órganos de la gracia de Jesucristo y de su sacrificio, que es su fuente, para distribuirla á cada uno de nosotros.

Esta es especialmente la funcion del Sacramento por escelencia, del Rey de los Sacramentos, en quien Jesucristo no dá solamente su gracia, sino que se dá á Sí mismo á cada uno, como se dió una vez á todos; *el Santísimo Sacramento* de nuestros altares; compendio de todas las maravillas que hizo Dios por el hombre, en quien se encuentra concentrado, bajo la forma mas sencilla y familiar, mas que el Cielo, el Dios mismo del cielo.

Al partir del mundo en su humanidad glorificada, no quiso dejarnos, como á sus Apóstoles en el primer momento, mirando á este cielo donde desaparecia de su vista, ó reducidos á buscar los vestigios de sus pasos divinos por la tierra. No quiso ser para la humanidad, á quien habia venido á regenerar, un simple personaje histórico ó legendario, entregado á

(1) S. Juan, III, I 16.

todos los comentarios de los falsos sabios y novelistas, él, que habia venido para todos y mas particularmente para los desheredados del mundo. Si lo hubiera hecho así, nos hubiese dejado huérfanos, mas huérfanos, en un sentido, que cuando nos habia tomado, puesto que, antes de su venida, estaba prefigurado por ritos é instituciones que eran como los sacramentos de la Ley antigua. Lejos de esto, vino para realizar todas las figuras, y así como su Encarnacion no fué figurativa sino real, tambien debia ser *real* su *Presencia* en medio de nosotros; y así como nos dió la vida por medio de la inmolacion *sensible* de su cuerpo y por la efusion *sensible* de su sangre, lo mismo debíamos recibirla y conservarla por nuestra comunion *sensible* de este cuerpo y de esta sangre.

Esta comunion de la víctima habia formado universalmente parte de los sacrificios en la antigüedad; una parte estaba consagrada á la Divinidad y la otra era recibida por los asistentes en señal de reconciliacion con el cielo y de union comun entre los hombres; llamábase esto *comer con los dioses*. Era un rito eminentemente religioso y social, si es cierto que la religion, tomándonos en nuestra naturaleza para restablecerla, debe estrechar nuestro lazo social volviendo á enlazarlo á Dios de donde procede. Siendo la reparticion de un alimento comun entre los hombres, el signo mas espresivo y mas efectivo de la concordia, fue elevado á su mas alta potencia, en el hecho de ser este alimento la víctima cuyo sacrificio acababa de aplacar á la Divinidad y que se la manducaba con esta y en su mesa.

El Cristianismo, que es la perfecta realidad de que eran toscas sombras los antiguos ritos, no podia hacer menos; debia hacerlo mejor, debia hacer perfectamente lo mismo.

No hay duda que el objeto del Cristianismo es apartarnos de las cosas sensibles para conducirnos á lo Invisible, al culto de Dios *en espíritu y en verdad*. Sabido es si cumplió su mi-

sion, y á que grado de espiritualidad eleva proporcionalmente cuanto toca, hasta el punto de que la perfeccion de sus resultados por sí sola bastaria para responder de la de sus medios.

Pero, considerando estos medios en sí mismos, ¿quién no reconoce, quién no admira su perfecta economía?

Era preciso volver á conducirnos á lo Invisible, al culto en espíritu Sí. ¿Pero somos nosotros realmente espíritus? ¿No somos tambien cuerpos? ¿Y no era preciso, bajo este solo respecto, tomarnos donde estamos y por lo que somos?—En segundo lugar, ¿somos siempre individuos considerados aisladamente? ¿No somos séres sociales, hechos para vivir en union, en comunion? Y bajo esta segunda relacion tambien, ¿no era necesario reunirnos por un medio significativo que verificase esta comunion de las voluntades y de las almas, y que fuera como su foco?—Finalmente, con estas condiciones de nuestra primer naturaleza, ¿no habia venido el pecado á producir una espantosa agravacion, sumiéndonos en esas cosas sensibles, cuya posesion nos cegaba tanto como nos dividia? ¿Y podiamos en semejante estado, pasar á lo puramente invisible, sin procedimiento alguno de transicion? ¿No era preciso un viático á esta alma

En este peregrinaje,
En donde el Amor eterno,
Mostrándole su pais
Le apremia para el regreso (1);

y un viático que se recibiera en el destierro anticipando la pátria?

Desconfiad de esos que defienden celosamente lo puramente invisible, de esos despreciadores de los Sacramentos y de los ritos sensibles que nos elevan á ellos. En el fondo, no son únicamente soberbios; son carnales. No repugnan los medios sino

(1) Corneille, trad. de la *Imitacion de Jesucristo.*

porque repugnan el fin. Por pretender volar con sus propias alas, dan las caidas mas vergonzosas, y *queriendo hacer el angel, hacen la bestia.* La historia de todas las herejías está allí para demostrarlo.

¿Y no es esta precisamente la historia de la primera gran caida del género humano, en sus autores, que no pecaron con el espíritu sino pecando con los sentidos; que considerando que el fruto del árbol de la ciencia *era bello y agradable* á la vista, no quisieron hacerse *como Dioses* sino para *comer de él*?

Esto era la perversion de un sentimiento verdadero, y que debia ser reparado por medio de un procedimiento diametralmente inverso. Sí, es verdad que estamos destinados á *ser como dioses*, á vivir y á gozar de la vida misma de Dios. Sí, es cierto que estamos sujetos á la condicion de *comer*. Pero, en lugar de hacernos dioses por medio del orgullo, para comer el fruto de muerte por concupiscencia, debemos comer con fé humilde el fruto de vida, para participar de la gloria y de la felicidad misma de Dios.

Así, era conveniente, segun el juicio mismo de la razon, que fuéramos inducidos á lo invisible por medio de lo visible, á lo espiritual por medio de lo sensible.

Sumidos como nos hallamos en este, y habiéndonos precipitado en él, el Autor de nuestra naturaleza, que vino á sacarnos de él, con un inmenso amor á su criatura, no podia dejar que volviéramos á recaer, limitando su obra al hecho histórico y dogmático de la Encarnacion y de la Redencion. No vino, pues, para marcharse del mundo, sino para permanecer *eternamente Presente*, de cierta manera, por do quiera y siempre en medio de nosotros, para ser Dios con nosotros, segun lo habia anunciado su Profeta y lo declaró él mismo en términos espresos. Vino á fundar sobre su Humanidad y sobre su Sacrificio todo un órden divino de cosas, que como esta Humanidad y este Sacrificio mismos debia tener un re-

vestimiento tambien, y debia ser como la estension en el mundo de la Encarnacion y de la Redencion, verificada para la salvacion del mundo. Era al mismo tiempo conforme con el designio de regreso á lo espiritual y á lo invisible que se proponia, reducir este revestimiento sensible á la *apariencia*, y la realidad sustancial de la cosa á lo *invisible*. Era preciso, por otra parte, para llegar á quien quisiera participar del beneficio divino de su sacrificio, y apropiarse la Santa Víctima, que las universalizase y las perpetuase. Era necesario sembrar en cierto modo en el mundo y en el porvenir, este cuerpo y esta sangre de Jesucristo, cuya reproduccion debia germinar en los cristianos para la vida eterna.

Parece, pues, que la Sabiduría, el Amor, la Omnipotencia, todos los atributos divinos tenian que luchar en emulacion para encontrar y verificar semejante maravilla.

¿Pero qué necesita Dios para hacerlo todo? Nada; nada que no sea muy sencillo y muy digno, por esa misma sencillez de Aquel que jamás quiso obligar por medio de apariencias falsas, y que redujo todas sus operaciones á la virtud creadora por medio de la cual sacó todas las cosas de la nada y obró los mayores milagros; un poco de pan, un poco de vino y cuatro palabras, que trasustancian este pan en el cuerpo, y este vino en la sangre de Jesucristo, no quedando del pan y del vino mas que la apariencia.

Esto es lo que vemos en la institucion de la Cena.

La noche misma en que iba á ser entregado para la Redencion del mundo, el Salvador Jesus se encerró con los suyos para su última cena; y despues de haberles dado la grande enseñanza del lavatorio de pies, despues de haberles abierto las entrañas de su caridad para derramar sobre ellos sus ardientes tesoros, despues de haber hecho una oblacion suprema de Sí mismo á su Padre y estipulado para el mundo todas las gracias de reconciliacion y de union de que iba á ser su

muerte el precio, dispuso por testamento de Sí mismo, de aquel Cuerpo que iba á ser entregado, de aquella Sangre que iba á ser derramada por nosotros, y dió la comunion, divino Pelicano, á todos los *suyos* que estaban pendientes de su corazon y de su boca.

¡Y colmo de maravilla! dió la comunion, por medio de ellos á todo el género humano, confiriendo á su sacerdocio el mismo poder de dar la comunion en el porvenir *á todos los que creyeran en Él por su palabra* (1) y á los cuales se daba El mismo por sus manos.

De suerte que, en esta primer comunion de los Apóstoles, debe verse la del mundo. La Cena se estendió, el sagrado Festin se hizo universal, y dura todavía y durará hasta el fin; es siempre el Cristo quien, en pie y ante las generaciones que se suceden, dice por boca de sus sacerdotes, á cada fiel de todo lugar y tiempo: TOMAD Y COMED, ESTE ES MI CUERPO; BEBED, ESTA ES MI SANGRE.

¡Maravillosa invencion de la Sabiduría! ¡Prodigio de la Omnipotencia! ¡Inefable procedimiento del Amor!

No bastaba á este Amor eterno haberse precipitado del cielo á la tierra, en busca de la humanidad estraviada, y haberse revestido con esta humanidad para ganársela. No era suficiente, despues de haberla tomado asi en la pobreza, en la abyeccion, en la contradiccion, en todas las miserias de su condicion mortal, haberla instruido y reformado por medio de una enseñanza maravillosa. No era bastante ofrecerse en sacrificio y hacerse víctima de su Redencion, espirando en los padecimientos y las ignominias del suplicio infame de la Cruz. Era preciso descender hasta perder las apariencias mismas de la humanidad bajo las del alimento mas vulgar. Para llegar hasta el alma, á esta alma objeto de tan grande amor y de tan gran precio, era preciso hacerse alimento y pan, y para

(1) San Juan, XVII, 20.